

nización medioeval, sus señores cazadores y mujeriegos, sus aldeanos humildes, su clero atrasado, sus preocupaciones, la atmósfera, en suma, de las orillas del Duero y del Miño; Eca de Queiroz se consagró con preferencia á analizar la sociedad de Lisboa, la espuma, la nata y flor, la burguesía, sus vicios, su hipocresía, sus pretensiones, sus manías de imitación inglesa y de *snobismo*, como ahora se dice. De este estudio salieron algunos trozos realmente magistrales, en *A reliquia*, *O primo Basilio* y *Os Maias*. El *Primo Basilio*, á mi parecer, es más verdad, si cabe, que *Madama Bovary*, y está hecho con una precisión, con una crueldad fría de disector, que coloca á su autor muy cerca del «impasible» Flaubert. *Os Maias* son un documento admirable, algo prolijo, hondo, firme, de la alta vida lisbonense, saturada de anglicismo, pero en cuyo fondo late el falso espíritu romántico, imposible de desterrar; un cáncer que también padecemos aquí.

Tenía Eca de Queiroz merecimientos suficientes para haber atraído la atención y merecido la alabanza de París. No lo logró, ignoro por qué causas; si por apatía, ó porque la literatura de más allá del Pirineo todavía no ha empezado á abrirse camino en Francia. No se puede achacar á que Eca de Queiroz vegetase obscurecido, pues hace lo menos quince ó veinte años que el autor del *Primo Basilio* vivía en Londres y París, donde tuvo ocasión de conocerle y tratarle. Desempeñaba un puesto diplomático, creo que el Consulado de Portugal, y hacía una vida retirada, de esas que suelen traducirse en abundante producción literaria ó científica. Sin embargo, *Os Maias*, última novela suya que ha llegado á mis manos, y supongo que la última publicada, tiene ya bastantes años de fecha.

* *

Acaso sintiese Eca de Queiroz el desaliento, frecuente en los que escriben para muy reducido público y se reconocen superiores al teatro en que funcionan. Había sido traducido el *Primo Basilio* por la Sra. de Rute, en la hoy *Nouvelle Revue internationale* y entonces *Matinées Espagnoles*; y quizás fué mayor decepción el que, traducida, no despertase interés, que el conservarla desconocida y sin relación con el público europeo por falta de traductor. Son cuestiones de suerte. No reconozco que valga más, verbigracia, el polaco Sienkiewicz, hoy tan de moda, que Eca de Queiroz, ni que sea más digno de despertar la atención de Europa con sus novelas.

Era Eca de Queiroz hombre muy culto, de alta estatura, de figura finísima; un *gentleman*, un *Maia*, un europeo en la más completa acepción de la frase. Su cara, entristecida, delataba ya, cuando le conocí, el estrago de algún padecimiento interno. Tal vez fuese la falta de salud lo que le obligó á dejar ociosa la pluma. Ello es que, muerto Herculanó, muerto Oliveira Martins, muerto Camilo Castello Branco, Portugal no podría experimentar pérdida más sensible que la que sufre al desaparecer Eca de Queiroz.

* *

Joaquín Vaamonde no había llegado á la celebridad. Era, sí, conocidísimo y estimadísimo en los círculos del gran mundo, clientela asidua de su taller. En Madrid, en París, en Londres y pronto en Nueva York, la *crema* se había disputado é iba á seguir disputándose á Vaamonde. Era esta una de esas ironías del destino, que casi siempre nos empuja hacia el Norte, mientras la voluntad nos llevaría hacia el Sur.

Nacido en una capital de provincia gallega, medio poco favorable á la vocación artística, ésta se reveló en Vaamonde tan incontrastable, que le impulsó á emigrar á la América del Sur, en edad más que juvenil, tierna y adolescente. En América, el muchacho batalló por la vida, se dedicó á trabajos manuales, fué albañil, comió mal, y siempre se resintió de este período bohemio, en que su débil estómago perdió fuerzas y quedó mal preparado para repartir energías al organismo. Por último consiguió sostenerse pintando, difícil problema, al fin resuelto. ¿Dónde aprendió, cómo se formó su talento delicado y *usancé* de pastelista? Ni había ido á Roma, ni á París, ni á Madrid; ni conocía museos, ni sospechaba lo que era asistir al estudio de las celebridades y recibir enseñanza, cuando, deseoso de adquirir todo lo que le faltaba, volvió á Europa, cinco años hace. Desembarcó en Marinada, y todavía me parece ver el improvisado taller que en Meirás se arregló para mi retrato; las colchas de percal colocadas de modo que tamizasen la luz, y hasta un cuadro, puesto á guisa de mampara, ante los vidrios de una ventana que daba al jardín. Yo tenía escasa confianza en el resultado del retrato. Muchos me han hecho, y ninguno

ha salido bien. El de Vaamonde dejó satisfechos á los que lo vieron, y quedó terminado en tres sesiones.

* *

Expuesto en Madrid, en mi biblioteca, á principios del invierno de 1895, el nombre de Vaamonde se repitió con encomio, y empezaron á llover encargos. La primera señora que quiso ser retratada por el todavía desconocido artista, fué la condesa de Pinhermoso, incansable en protegerle recomendándole y elogiándole. Después de esta inteligente y noble dama, se interesaron por Vaamonde otras muchas, lo más granado de Madrid, especialmente la condesa de Casa Valencia y la duquesa de Alba. Fué moda retratarse con Vaamonde. No tenía el pintor hora ni minuto libre. Asediado, ahogado de trabajo, se veía precisado á rehusar encargos á cada momento. Su taller olía á violeta, á Rimmel, á *foin coupé*. Por las sillas andaban esparcidos trajes de esos que valen ó cuestan miles de pesetas, y que son un sueño adorable, de encajes, de gasas y de terciopelos de reflejo. Aquí se veía olvidado un abanico; allí una caja de polvos de arroz, de plata y cristal. Invitaciones para comidas y saraos caían como granizo en el estudio. De todas las maneras de sonreír que tiene el mundo, sonreía al artista de la elegancia y de la finura exquisita.

* *

Y él vivía desesperado, renegando de aquella, para otro, lisonjera suerte. Conmigo desahogaba sus aspiraciones frustradas, ó que él creía tales. ¿Cuándo iba á verse libre de pintar sedas y perlas, flores y lazos, y á poder entregarse al estudio y culto apasionado de la verdad? Hasta cierto punto yo no podía menos de darle la razón. Es imposible eternizarse en el retrato bonito, de niños rubios con cuello de Inglaterra y mujeres vestidas por Worth. Vaamonde comprendía que no estaba familiarizado aún con los secretos de su arte. Pintaba maravillas al pastel; no sabía lo que es pintar al óleo.

* *

Su afán, residir largo tiempo en el extranjero, y allí educarse, completar su iniciación artística. Su ídolo, Sorolla, y la pincelada viril, amplia, fuerte, con luz plena y realidad hasta brutal. Su tormento, la ocupación á que se consagraba. Yo solía recordarle, para calmar su fiebre, la frase de Alfredo de Musset: «Mi vaso es chico, pero bebo en mi vaso.» Arte eran también, arte menor, si se quiere, pero con sus cualidades propias, y no á todos accesibles, aquellos retratos de hermosuras, que tan bien encajaban en el marco Luis XV, sobre la seda brochada de flores. Arte, aquellos niños dignos del pincel de un discípulo de Reynolds. Arte, aquellas damas envueltas en una nube, aquella duquesa de Alba con chaquetilla torera, aquella ideal figura de María Teresa Casa Valencia vestida de blanco. Arte, y ya enérgico, aquella admirable cabeza de Sarasate el violinista.

* *

Él no se conformaba, y sólo le servía de consuelo pensar que ahora, en Nueva York y en París, con el precio de un solo retrato podría vivir un mes ó dos, aún derrochando como de costumbre, y estudiar seriamente, practicar con algún maestro indiscutible, y la ironía del destino á que antes aludí quiso que, en el mismo punto de ir á realizarse la aspiración ardentísima, un átomo, un microorganismo, el bacilo de Koch, flotando en el aire, ó comunicado por un contacto casual, entrase en su boca, y de allí bajase á los pulmones. La tuberculosis se desarrollaba, lenta, implacable, devoradora, y ya la mano no pudo volver á asir el lápiz, ni el cuerpo á moverse de un sillón, que por expreso deseo del moribundo se colocaba lo más cerca posible de las flores, al lado de la fuente, cuyo ruido distraía sus pesadas modorras calenturientas.

* *

No queda, pues, de Vaamonde sino lo que él deseaba romper y destruir: sus retratos coquetones, sus cabezas de mujeres guapas y ataviadas por el gran modisto. Acaso, como Andrés Chenier, se lleva un mundo no realizado á la tumba. Acaso le esperase, por el contrario, el desengaño de la impotencia artística. Nunca lo sabremos.

Pocos días antes de morir, díjome tristemente, mirando á las *rapasas* aldeanas que segaban hierba en nuestro prado:

— Esos eran los modelos que hubiese querido pintar yo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UN NOVELISTA. — UN PINTOR

No pasa día sin que la segadora incansable, la Muerte, reuna en sus gavillas las espigas de oro con las espigas verdes aún y que esperaban la caricia del sol. Allá van, juntas bajo el golpe de la afilada segur, verdes con maduras. Así acaba de confundir ahora la madurez del gran artista Eca de Queiroz, muerto en París, de una tisis á los intestinos, y la juventud esperanzada de Joaquín Vaamonde, el retratista de las elegancias, que ha sucumbido á la tuberculosis en nuestra casa de Meirás, á corta distancia de la Coruña, el pueblo en que Vaamonde había visto la luz.

* *

Eca de Queiroz era portugués. Esa pequeña nación peninsular, que en muchos respectos ha sabido organizarse á la moderna, más que nosotros; que cuida bastante, si no todo cuanto convendría, de la instrucción pública y de la cultura general; que ha producido en este siglo literatos eminentes y grandes historiadores, dió, en la novela, contingente no menos lucido, con Camilo Castello Branco y Eca de Queiroz. Hay una fatalidad que pesa sobre los escritores, en los países pequeños y sin decisiva importancia en la vida universal. El pintor, el escultor, el músico, hablan un lenguaje accesible á todos; llevan á todas partes sus creaciones, sin necesitar intérprete. No así el escritor, y menos aún el escritor artista, y especialmente el novelista, que observa y reproduce fielmente el cuadro de la humanidad. Cuanto más verdaderas y profundas sean sus observaciones acerca de lo que le rodea; cuanto mejor se impregne de esa realidad que sintió Balzac y que sangra, por decirlo así, en sus páginas hermosas, menos inteligible y simpático será para los lectores de otros países diferentes, en que la realidad adopte otras formas y aspectos, y en que las costumbres, al variar, imprimen también variación aparente á los sentimientos, por más que sea idéntico el fondo humano.

Lo que voy diciendo tiende á explicar por qué no son muy conocidos en Europa los nombres de Camilo Castello Branco y de Eca de Queiroz, los dos grandes novelistas portugueses de estos últimos veinticinco años. Uno y otro copiaron á lo vivo el pequeño mundo portugués, mérito difícil de comprender y de apreciar en este París donde se forjan las reputaciones europeas.

Castello Branco estudió con intensidad y con una verdad casi anatómica lo rural, la aldea y el pueblecillo portugués, tan semejantes á la aldea y al pueblecillo gallego; con su espíritu tradicional y rutinario, su persistencia, en muchos respectos, de la orga-